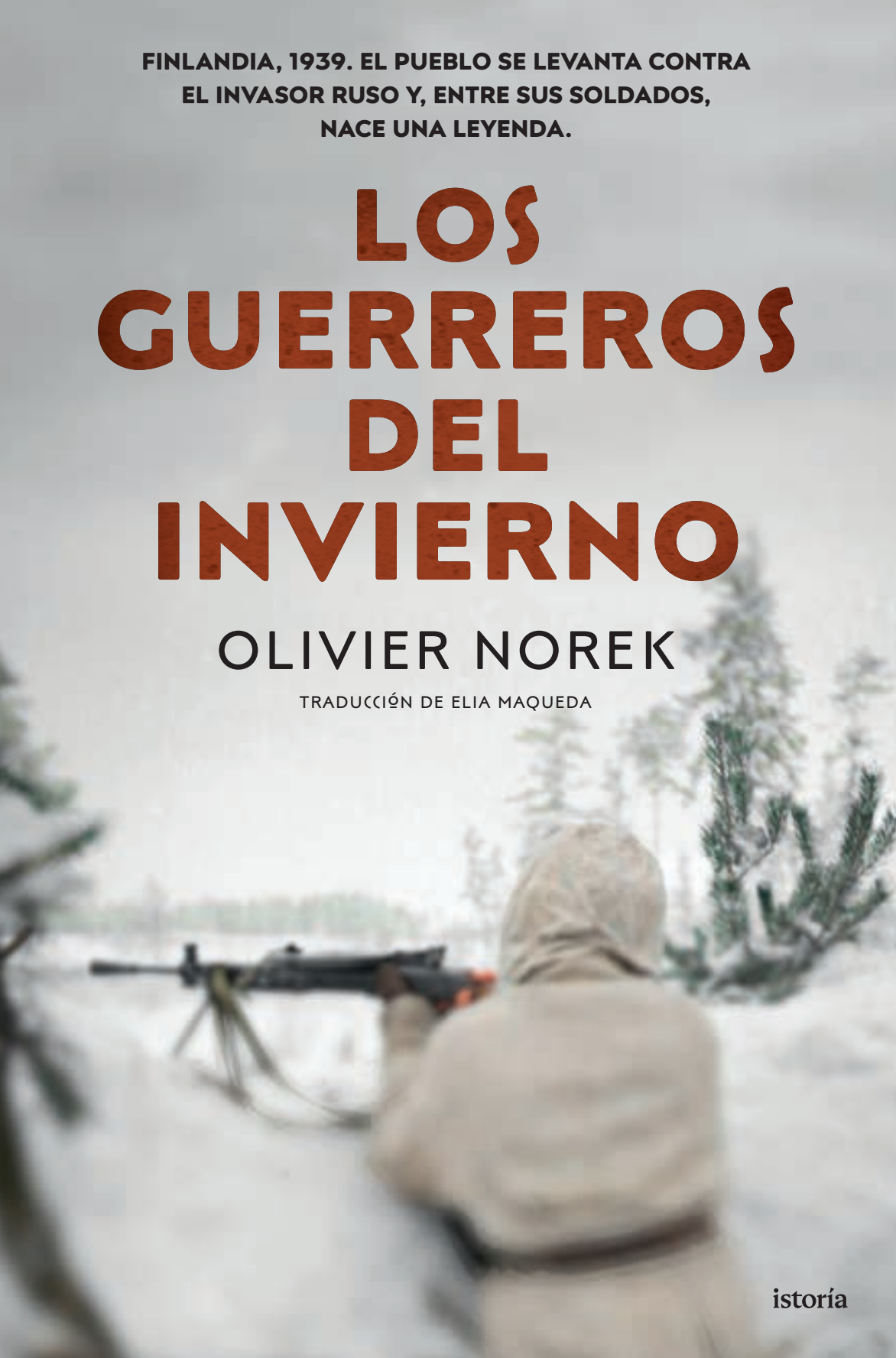
FINLANDIA, 1939. EL PUEBLO SE LEVANTA CONTRA EL INVASOR RUSO Y, ENTRE SUS SOLDADOS, NACE UNA LEYENDA.

LOS GUERREROS DEL INVIERNO

OLIVIER NOREK

TRADUCCIÓN DE ELIA MAQUEDA



istoría

LOS GUERREROS DEL INVIERNO

OLIVIER NOREK

Traducción de Elia Maqueda

istoria

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Les guerriers de l'hiver*

© Olivier Norek, 2024
© Éditions Michel Lafon, 2024
© de la traducción, Elia Maqueda, 2025
© de los mapas, Francisco Suárez Beltrán

© Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Diseño de colección: Sylvia Sans Bassat

Primera edición: septiembre de 2025
Depósito legal: B. 11.884-2025
ISBN: 979-13-87714-08-6
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España



1

Un poco antes del infierno,
en un bosque de Rautjärvi, pueblo de Finlandia

En las hierbas aplastadas, en las ramas rotas, en los mechones de pelo prendidos en las espinas de los enebros, en las huellas hundidas en la tierra y cuya partitura indicaba como una flecha el camino de aquellos que los habían dejado, sin un solo ruido, Simo leía el bosque.

Oía la respiración de los árboles en el viento, el pulso de la savia, el susurro del paso de los animales sobre las hojas secas, el roce de su piel contra la corteza y el corazón palpitante. Para quien lo conoce, no hay ningún silencio tan ensordecedor como el del bosque. Nunca se adentraba en él con pretensiones, era su invitado. Sólo un invitado. Y, para no ofenderlo, no tomaba de él más que lo que necesitaba. A veces un impulso, otras veces un lobo, una perdiz, un cuervo o uno de esos hurones cuyas preciadas pieles habían decorado todas las capas de los reyes de Francia.

En el puesto de tiro de la Guardia Civil finlandesa, Simo, para apuntar bien, tenía que encerrarse en sí mismo y abstraerse

de todo lo que lo rodeaba. Pero aquí estaba al tanto de cada murmullo, de cada silencio, de cada carrera y de cada vuelo.

A veinte metros delante de él, el pelaje color fuego de un zorro destacó entre las espinas verdes colgantes de una vieja pícea. El cuerpo del animal se inflaba levemente con cada respiración. Simo controló la suya y la acompasó a la de su presa. Por un momento respiraron al unísono, y el joven se convirtió en el animal al que apuntaba para adivinar sus movimientos futuros. El zorro olfateó la tierra y husmeó el aire, preguntándose por qué su instinto lo ponía en guardia sin saber la razón y, acercándose a una madriguera, soltó del hocico el cuerpo inerte de un mirlo negro. A veintitrés metros exactos.

Ningún hombre es más hábil que aquel que adquiere un arte gracias a las enseñanzas de su padre, y Simo había aprendido del suyo el arte de calcular las distancias, según una pedagogía propia.

—¿Cuánto? —le preguntaba el padre al hijo cuando aún era niño, apuntando al tronco calcinado de un árbol que un rayo había dejado de la estatura de un hombre el verano anterior.

Simo aventuraba entonces su cálculo, y luego iba caminando hasta el tronco contando los pasos y se colocaba detrás.

—La bala traza una parábola. Si tu cálculo falla por menos de un metro, la ojiva se clavará en el suelo. Pero, como tu cálculo se pase un metro o dos, acabará en tu vientre —le aseguraba muy serio.

La amenaza nunca se había cumplido, claro. Sin embargo, cuando se equivocaba, las palabras de su padre lo herían más que una bala:

—Estás muerto, hijo. Vamos a comer.

Así, en las horas de descanso, justo después de comer, cuando otros dormían la siesta para liberar el cuerpo contusionado del

trabajo en el campo y la granja, Simo cogía sus botas, o descolgaba los esquís si el invierno lo exigía, y se adentraba en el bosque para desaparecer en aquel verde profundo, primigenio, de donde habían debido de nacer un día todos los demás tonos de verde. Se instalaba allí donde lo llevaban sus pasos, elegía un punto reconocible, calculaba la distancia que lo separaba de él y la comprobaba contando el número de zancadas. Seguía esta misma rutina todos los días, de todas las semanas y de todos los años desde que le habían puesto un fusil entre las manos.

—Ese zorro. ¿Cuánto? —Oyó en su cabeza la voz de su padre.

Simo apoyó despacio el dedo índice en el gatillo y aplicó presión, cada vez más fuerte... Pero, justo antes de que el disparo detonara y alertara al bosque, un hocico negro salió de la madriguera, y luego el cuerpo entero de una zorra, con movimientos torpes y cansados, y el vientre pesado por un embarazo que curvaba su columna hacia el suelo.

Simo aflojó la presión del dedo y retrocedió despacio hasta desaparecer. Pero que nadie brinde a este acto una misericordia que no tiene. No les había perdonado la vida, sólo había pospuesto su encuentro. Poder y deber son dos cosas distintas.

Poder disparar o deber disparar. Poder matar o deber matar.

De vuelta en la granja, con una perdiz gris y gorda en el zurrón, Simo apoyó el fusil descargado en el muro de piedra, colgó su gruesa chaqueta de algodón en el perchero y se sentó ante un plato con rebanadas de pan con mantequilla y azúcar que habían dejado allí para él. Antes de comer, dejó que las llamas de la chimenea le calentaran la espalda y relajaran sus músculos. Tumbado a sus pies sobre el suelo de baldosas, el perro de la familia echaba las patas hacia delante en una carrera imaginaria en sueños.

—Toivo y Onni han venido a verte —le dijo su madre sin apartar los ojos de su labor, con las dos largas agujas en las manos y el cuerpo hundido entre los cojines de un sillón que debía de tener su edad.

Simo se encogió de hombros. Toivo y Onni eran sus vecinos y amigos desde la más tierna infancia. Se verían cuando fuera. No había prisa.

—Onni nos ha enseñado su anillo —prosiguió ella con inocencia—. Incluso nos ha dicho que va a hincar la rodilla.

Delante del acogedor fuego, las sobrinas de Simo, una muy pequeña y la otra no mucho mayor, se trenzaban el pelo por turnos, poniéndose flores en el cabello rubio. Y, como la conversación había tomado un rumbo que todos conocían bien, pusieron voz de adultas para repetir los reproches que tan a menudo oían.

—Simo Matinpoika Häyhä, pasándote los días en el bosque no vas a encontrar una novia —dijo la primera.

—A menos que quieras casarte con una cierva —añadió la segunda.

—¿Quieres casarte con una cierva, Simo? —concluyeron al unísono.

En menos de un segundo, el joven las estaría persiguiendo por el salón para hacerles pagar por su insolencia. Les desharía las trenzas ignorando sus risas y sus súplicas, y el día retomaría su curso. Pero, en aquel preciso instante, el padre entró en la cocina y se sentó a la mesa, instaurando de nuevo la calma con su sola presencia. Las sobrinas seguían riéndose, y Simo las miró para garantizarles que no había acabado con ellas.

El padre sopesó la perdiz aún tibia, cuya sangre ya se había secado alrededor del agujero dejado por la bala que la había atravesado. Satisfecho, soltó al animal de nuevo. Sopló con cuidado las plumas que se le habían quedado pegadas en el hueco de la mano y se volvió hacia Simo.

—¿Estás listo para mañana?

Simo miró su arma y luego a su padre, y este último quiso borrar cuanto antes la sonrisa presuntuosa de la cara de su hijo.

—Habrá que honrar a Rautjärvi, porque serán mil setecientos contra ti...

Pero la sonrisa se ensanchó aún más.

2

Al día siguiente,
Campeonato Nacional de Tiro
de las Guardias Civiles de Finlandia,
Helsinki

En el semblante impenetrable de los demás equipos se reconocía el valor de la brigada de tiradores de la Guardia Civil de la localidad de Rautjärvi. Si bien todos los respetaban, muchos habrían preferido que el camión que los traía hasta allí hubiese sufrido un fallo del motor, que hubiese derrapado y hubiesen acabado en una cuneta o, bueno, que, por cualquier otro obstáculo, no hubiesen llegado a tiempo al campo de tiro. Pero el motor había aguantado, las ruedas habían mantenido el rumbo y los obstáculos habían brillado por su ausencia.

—*Perkele!*[1] Acaban de llegar los de Rautjärvi —susurró un joven.

—¿Con Simo? —preguntó otro, porque toda la inquietud se resumía en un solo nombre que cada uno de los mil setecien-

1. *Perkele*: ¡Joder, maldición, diablos! En función del grado de cólera y de sorpresa.

tos concursantes del campeonato nacional había pronunciado al menos una vez por los caminos que cruzaban Finlandia rumbo a Helsinki.

—No lo sé. No lo he visto todavía.

—Los lobos y los zorros tampoco lo ven nunca. No obstante, se hace abrigos con sus pieles.

—Pues yo creo que ese muchacho está sobrevalorado —aseveró uno de los jefes de la brigada rival, decidido a irse de allí con los honores de un trofeo.

En realidad nadie dudaba de que Simo ganaría la competición. Aquel granjero, reservista como la mayoría de los jóvenes de Finlandia, discreto y modesto, apenas más alto que su fusil, no solía dejar la menor oportunidad a sus rivales. Lo llevaba en la sangre, esa sangre que latía en la yema de su dedo apoyado en el gatillo, esa sangre del mismo rojo que el centro del blanco que nunca fallaba. Nunca jamás.

El grupo que se había formado alrededor de Simo no iba precisamente a felicitarlo. Hasta los oficiales organizadores del torneo se habían acercado, y uno de ellos desafió a Simo:

—¿Cuántas veces puedes darle al blanco en un minuto?

La sola mirada de Simo bastó para recoger el guante.

La brigada de Rautjärvi, con Onni y Toivo a la cabeza, tomó nota de las apuestas.

Onni, el futuro esposo, con el pelo tan rubio que el sol se divertía a veces plateándolo, pasó la gorra puesta al revés para que echaran en ella las monedas.

Toivo, el mejor amigo, tan guapo que hacía sonrojar a las chicas y a sus madres en el baile, apuntaba a lápiz en la primera página de una novela que aún no había empezado las cantidades apostadas.

Simo no era más que un aprendiz de soldado de las Guardias

Civiles. El oficial al que se enfrentaba era un militar de carrera, y la balanza se inclinaba a favor de este último, naturalmente.

—¡Cinco marcos por el oficial! Es instructor. ¿Cómo va a perder?

—¡Yo apuesto diez marcos más por el oficial!

—No se precipiten, señores, todos tendrán la ocasión de perder su dinero —los provocó Toivo.

—¡Venga, no seáis tacaños, vaciad vuestros bolsillos, que tengo que pagar una boda! —añadió Onni.

El oficial se colocó en el puesto de tiro. Simo se colocó en el puesto de tiro.

A doscientos metros estaba el blanco virgen.

El oficial se tumbó y el cronómetro arrancó. Como la explosión de la pólvora levantaba la parte delantera del cañón, a cada tiro tenía que realinear los puntos de mira, controlar la respiración de nuevo y volver a disparar. En el sexagésimo y último segundo, había atravesado catorce veces el ojo rojo, aunque se hubiese podido discutir la duodécima bala, que según algunos no estaba realmente centrada. Catorce veces había acertado en el blanco el oficial con un arma automática que no había que recargar a cada disparo.

Simo ocupó su lugar y se tumbó también. El oficial lo miró confiado y condescendiente. ¿Cómo iba a temer a aquel soldaducho de apenas metro y medio y cuyos rasgos infantiles hacían que cualquier arma resultara incongruente entre sus manos?

En aquel momento, el murmullo se intensificó entre el público cuando constataron, como Simo había prometido, que iba a utilizar su fusil M28/30 de carga manual, y que cargaría un cartucho tras otro. Así que tenía que apuntar, disparar y controlar el retroceso, como había hecho el oficial, pero además eyectar el casquillo activando dos veces la culata, coger otro cartucho del suelo, introducirlo, volver a activar dos veces la culata para cargarla en el cañón, apuntar, disparar, controlar el retroceso y vuel-

ta a empezar. Simo alineó frente a sí las municiones y, después de la señal, el baile de sus manos dejó estupefactos a todos aquellos que tuvieron la suerte de estar allí presentes. La velocidad de sus gestos, la precisión absoluta de una máquina, una manipulación que había repetido millones de veces y, en el minuto de rigor, Simo agujereó dieciséis veces el centro de la diana sin que ninguno de los impactos dejara lugar a la menor duda.

Que un hombre fuera capaz de disparar mejor y más rápido con un fusil de carga manual que otro con un fusil automático era sencillamente imposible.

Eso era al menos lo que todo el mundo creía hasta aquel día, y el oficial se alejó del campo de tiro humillado, sin siquiera felicitar a su adversario.

En el camión que los devolvía victoriosos a Rautjärvi, el equipo de artilleros cantaba a voz en grito pasando el trofeo de mano en mano.

—Espero que hubiese algún espía *ryssä*[2] hoy entre el público —susurró Toivo.

—¡Están por todas partes, hasta debajo de la cama! —aseguró Onni.

—Entonces te habrá visto, Simo, y contará lo que valemos con un arma en las manos.

Gritaron *Huraa* y Toivo sacudió amigablemente los hombros de su amigo, aún avergonzado de ser el centro de atención. Y, para abochornarlo aún más, empezaron a gritar su nombre, «¡Simo! ¡Simo!», mientras el trofeo volvía a su sitio, entre sus piernas, temblando por el traqueteo de las carreteras irregulares que los llevaban de vuelta a su pueblo, lindante con la frontera rusa. A pesar de la incomodidad, los cuerpos se relajaron, y pron-

2. *Ryssä* (pl. *Ryssät*): término coloquial despectivo para decir *ruso*.

to muchos se quedaron dormidos con la cabeza apoyada en el de al lado.

—Mi primo militar ha venido de visita —susurró Toivo, aún muy despierto—. Dice que el Estado Mayor ha prohibido a los oficiales coger vacaciones hasta nuevo aviso. Dice también que vamos a volver a las líneas de defensa en la frontera con Rusia para reforzarlas.

—¿Otra vez? ¡Si ya lo hicimos este verano! —exclamó Onni—. ¿No nos pidieron los rusos que las abandonáramos?

—Y si te piden que les des a tu mujer, ¿lo harás?

—¡Que me dejen por lo menos el tiempo de casarme! Pero vuelve a hacerme la pregunta en unos años. Quizás hasta la abandonaría yo mismo en Moscú.

Ya de noche, el equipo de tiradores de Rautjärvi bajó del camión y fue hasta el centro del pueblo, dejando atrás un camarada tras otro a medida que los despedían en la puerta de su casa. Al final sólo quedaron Simo y Toivo.

Al día siguiente, al alba, a la hora a la que sólo se levantan los campesinos, volverían a la tierra y a la granja. Hombres y mujeres, con el mismo sudor en la frente, campesinos u obreros, levantaban un país en pleno auge y, quitando unas pocas familias adineradas y alguna gente pudiente, pocos eran los que se permitían cierta burguesía ociosa a la francesa. Aquel país sólo contaba veintidós años de independencia, y todo estaba aún por construir.

Por eso a la juventud campesina y obrera sólo le quedaba el entretenimiento de las Guardias Civiles. Tanto en la ciudad como en el campo, les enseñaban la historia de su país, la forma de defenderlo; se inculcaba en el hombre finlandés todo lo que fuese profundamente patriota, representado en un cuerpo masculino viril y una mente cultivada. Pero también, y quizás sobre

todo por eso, alistarse en las Guardias Civiles era la única oportunidad para buena parte de los jóvenes finlandeses de distraerse y de conocer el país gracias a las maniobras militares y los torneos de tiro.

En un país que sólo deseaba la paz, se aprendía también el arte de la guerra, y tanto en el pueblo como en el regimiento de las Guardias Civiles en el que estaban Toivo y Simo los unía un vínculo inquebrantable.

—Te veré cuando sea, pero cuanto antes mejor —se despidió Toivo estrechándole la mano.

Simo repitió las mismas palabras y se separaron.